

## **Encontrarse con las personas en situación de calle: una experiencia que transforma nuestra sociedad**

Pedro José Cabrera  
Departamento de Sociología y Trabajo Social  
Universidad Pontificia Comillas de Madrid  
[pcabrera@chs.upcomillas.es](mailto:pcabrera@chs.upcomillas.es)

Investigar sobre el sufrimiento humano sólo es legítimo si la investigación se diseña y organiza con el fin de intentar reducirlo o acabar con él. Investigar sobre la pobreza indigna que se traduce en tener que vivir a la intemperie en medio de una sociedad de abundancia y derroche, sólo puede estar justificado desde la voluntad política y el compromiso ético que exige la erradicación del sinhogarismo entre nosotros.

En el fondo, hay algo profundamente inmoral en el hecho de investigar la vida de los más excluidos, cuando el propio investigador no comparte su situación de exclusión. ¿Cómo y por qué lo hacemos entonces? Ciertamente, no sería fácil encontrar alguna persona embarcada profesionalmente en la investigación de la pobreza, que no afirmara tajantemente que la finalidad de su trabajo consiste en luchar contra la misma. Sin embargo, ¿hasta qué punto este objetivo último se encuentra incorporado también en la elección de la metodología empleada, en la organización cotidiana de la práctica investigadora, en la estrategia financiera que ha de servir para soportarla, o en los canales utilizados para difundir los resultados, o para cosechar las recompensas que de la investigación se derivan? Nos tememos que no siempre se mantiene la coherencia entre los últimos propósitos tan solemnemente declarados y las mezquinas realidades intermedias en las que deben concretarse aquellos. El resultado final es que todo el proceso de investigación-acción-transformación se degrada, pues como recordaba Gandhi, el fin se encuentra incluido en los medios empleados, del mismo modo que el árbol se halla encerrado en la semilla.

En el caso de la investigación sobre sinhogarismo, cada país europeo tiene su propio recorrido investigador más o menos largo y sinuoso, como resultado de su propia dinámica histórica y cultural. La mayor o menor consolidación de un sistema de *welfare*, profesional y bien dotado, el nivel de desarrollo alcanzado por sus universidades y centros de investigación, la diferente capacidad económica para sostener proyectos en el tiempo, y los usos y costumbres que hacen posible o no el registro de datos personales (por ejemplo, la pertenencia étnica), dan como resultado un panorama muy desigual. Lo que en unos países resulta extremadamente sencillo de conseguir, en otros viene a ser poco menos que un sueño inalcanzable, y viceversa. Por eso mismo, la agenda investigadora y los métodos empleados, han de establecerse y deberán ser evaluados en razón de cuál sea el estado de la cuestión en cada país. Por ejemplo, lo que en España podría ser un gran avance: conseguir que cada gobierno regional elaborase y mantuviera actualizado un directorio de servicios destinados a las personas sin hogar existentes en su región, podría ser considerado un retroceso en países como Finlandia que disponen de un sistema de registro nacional unificado y personalizado que permite un

seguimiento permanente y minucioso del problema. En nuestro caso, teniendo en cuenta la inexistencia de una definición oficial de persona sin hogar, y el escaso nivel de implantación del Sistema de Información de Usuarios de Servicios Sociales, no contamos con datos registrados por la administración que nos muestren el estado y la evolución del asunto. Eso hace que debamos contar casi exclusivamente con la información que proporcionan los métodos de encuesta y la observación llevada a cabo sobre el terreno. Si queremos saber algo acerca de las personas sin hogar en España, no nos queda otro remedio que buscarlas allá donde se encuentran, acudir a esos lugares y... preguntar, escuchar, mirar, tomar nota.

Lo que en buena parte es consecuencia del pobre estado de las estadísticas oficiales sobre exclusión residencial en España, puede convertirse sin embargo en una buena ocasión para recuperar algo que en otros lugares, como resultado de contar con unos excelentes datos de registro, quizás se haya perdido en gran medida. Me estoy refiriendo a la relación que se deriva del encuentro personal entre investigador e investigado y que es consustancial a los métodos de encuesta mediante entrevista directa. No es posible investigar sobre sinhogarismo en nuestro país sin hacer que determinadas personas (*con-techo*), se encuentren físicamente con otras (*sin-techo*) y puedan así hacer surgir a partir de ese encuentro, un flujo de comunicación que se traduzca más tarde en una mejora de la información existente sobre el problema. En gran medida, el diseño de una investigación así, consiste en facilitar y planificar las condiciones materiales en que debe producirse ese encuentro interpersonal: pensar cuándo, dónde, en qué momento y quiénes son los que deben encontrarse para hacer determinadas cosas, como estrecharse la mano, hablar, observar, mirarse, escribir, grabar.

Dar primacía a la dinámica del diálogo implica reconocer que al investigar sobre sinhogarismo no podemos limitarnos a conseguir datos sobre ELLOS, las personas sin hogar: ¿quiénes son?, ¿de dónde vienen?, ¿qué hacen?, ¿qué necesitan?, ¿cuáles son sus principales problemas?..., puesto que ya en el momento fundante de la propia investigación nos encontramos presentes también NOSOTROS, bien sea como encuestadores, trabajadores sociales, vecinos o ciudadanos. Resulta por tanto imprescindible dejar constancia de cuáles son las características personales, las circunstancias vitales, expectativas, miedos, opiniones o discursos que emitimos cuando nos situamos frente al otro, así como consignar y analizar cuál es el tipo de RELACIÓN que se establece entre *ellos*, la gente sin techo, y *nosotros*, la gente con techo. Sólo si incluimos estos tres elementos: ellos, nosotros y la relación que nos une (o nos separa), podremos deconstruir suficientemente el problema y reorganizar de nuevo las piezas del puzzle para intentar conseguir una cohesión social asentada sobre nuevas bases.

Con demasiada frecuencia, las investigaciones que se realizan, buscan tan sólo *extraer* información a las personas sin hogar, sin preguntarse demasiado si es estrictamente necesario hacerlo, o si resulta conveniente para su proceso de recuperación personal; si no habría otros posibles interlocutores o informantes, o si no sería más urgente concentrar la lupa sobre otros actores, instituciones o protagonistas del drama que sólo ellos padecen. A veces, se podría pensar que desde el punto de vista de la información, se les expolia sistemáticamente a los excluidos porque resulta mucho más fácil hacerlo así, que no intentar hacer lo mismo con trabajadores sociales, médicos, periodistas, responsables políticos, expertos o ciudadanos biempensantes y excluyentes.

En alguna medida, esta práctica de investigación extractiva y descomprometida con la situación de las personas realmente excluidas, viene favorecida por las dinámicas peculiares que afectan a la organización académica y universitaria que hacen que la carrera del investigador deba discurrir dentro de los parámetros convencionalmente aceptados, lo que significa vivir sometido a las exigencias de producción científica, que obligan a publicar con cierto ritmo y a intervalos regulares; a estar presente en foros, conferencias y reuniones; a rendir cuentas al menos anualmente y a gestionar proyectos complejos con escasos medios financieros y de personal. Se investiga mientras se continúa inmerso en clases, seminarios, reuniones de departamento, etc. Todo lo cual hace que el compromiso con la investigación deba armonizarse con otras muchas exigencias, algunas de las cuales se oponen directamente a la vocación intelectual, pues tan sólo remiten a la necesidad de rendir tributo como habitante privilegiado de ese mundo selecto, restrictivo, profundamente estamentalizado, orgulloso hasta la fatuidad, aunque de apariencia irreal y autosostenido al margen de toda realidad externa en que se ha convertido en muchos casos la Universidad.

En cuanto a la investigación que se impulsa desde la Administración pública, al menos entre nosotros, suele estar enormemente condicionada por la agenda política electoral. No todo lo que debe ser investigado puede investigarse. Buena parte de los problemas técnicos y de gestión de la intervención social tienen su solución estrechamente vinculada a decisiones políticas que rara vez son adoptadas si se estima que pueden tener consecuencias negativas en términos electorales. Salvo que haya una presión sostenida y articulada de parte de las asociaciones y entidades comprometidas con la atención y defensa de las personas sin hogar, rara vez se lanzan proyectos de investigación permanente desde los departamentos de la Administración pública competentes en el tema. E incluso en esos casos, resulta difícil elegir los objetivos de la indagación de forma independiente y de manera que persigan resultados a largo plazo, puesto que el calendario electoral cuatrienal impone una dinámica cortoplacista que se compadece mal con procesos de transformación personal e institucional que requieren de períodos de observación mucho más largos.

Pese a todo, resulta totalmente imprescindible enlazar la investigación sobre sinhogarismo con las actuaciones que lleva a cabo la Administración si se quiere trabajar por modificar el problema hasta conseguir su erradicación. Si se desea poner la investigación al servicio de la transformación social, no puede prescindirse de la colaboración con los organismos públicos que actúan en el espacio de la exclusión: Servicios Sociales, Sanidad, Vivienda, Justicia...

Todo este panorama de intereses diversos y no siempre coincidentes, en el que los investigadores corren el riesgo de verse atrapados sin poder encontrar la salida, nos lleva a la necesidad de favorecer e impulsar la inclusión de la propia ciudadanía, entre los sujetos que deben llevar a cabo la investigación contra la exclusión social. El problema es demasiado importante como para convertirlo en un tema exclusivo de especialistas, investigadores y/o funcionarios. Una cierta renuncia al protagonismo de parte de los investigadores en favor de una amplia socialización del sujeto investigador es no sólo conveniente, sino incluso imprescindible y necesaria. Puesto que no investigamos sobre la miseria y la pobreza extrema para saber más acerca de los pobres, o para gestionar mejor los programas que se ocupan de ellos, sino para poder llegar a vivir –todos juntos– con mayores cotas de dignidad y decencia cívica.

En este sentido, algunos debates que consumen abundantes energías entre los académicos, resultan completamente fútiles y vacíos, cuando se abordan cuestiones como el sinhogarismo. Este sería el

caso del falso dilema entre investigación cuantitativa y/o cualitativa. Lo cierto es que por más vueltas que le demos, en el caso de la exclusión extrema de quienes viven sin techo, ni nos salen las *cuentas*, ni conocemos los *cuentos* y relatos de los protagonistas. Necesitamos mejorar tanto los números y las cifras como la recolección de los testimonios y las experiencias subjetivas. Sin embargo, en demasiadas ocasiones se ha utilizado el recurso de utilizar un tipo de metodología para evitar o incluso silenciar los datos y aportaciones que podrían hacerse desde la otra opción epistemológica con el fin de enriquecer y corregir los resultados que ofrece la primera. En general, tanto la Administración como las entidades que sirven a las personas sin techo, llevados quizás por esa tendencia de todo administrador a inventariar, clasificar y contabilizar a sus administrados, han encontrado más fácil dedicarse a generar estadísticas que no a consignar los relatos, experiencias y opiniones de los sujetos pacientes -cuando no sufrientes-, de su actividad. Lo que podríamos describir como una cierta tendencia a “echar cuentas” y “no andarse con cuentos”, puede quizás reflejar la actitud bipolar de aprecio por los números y desprecio por la experiencia del otro que ha venido siendo habitual en este campo.

### ***Para terminar***

Todo cuanto hemos expuesto hasta ahora constituye el entramado de ideas e interrogantes al que han tratado de responder las experiencias llevadas a cabo desde hace unos años algunas de las mayores ciudades de España, como Madrid, Bilbao, Zaragoza, etc, mediante las cuales se ha tratado de extraer también entre nosotros, una información fidedigna y rigurosa sobre el número de personas que se encontraban viviendo sin techo en las calles españolas durante una noche precisa de invierno, cuando las temperaturas bajan por debajo de cero grados centígrados y se encuentran plenamente operativos todos los centros destinados a proporcionar alojamiento de emergencia a las personas sin hogar. En todos los casos, además de cuantificar el problema mediante un recuento que ha intentado ser lo más riguroso que nos ha sido posible, se ha llevado a cabo una encuesta mediante entrevista personal que nos permitiera reflejar la situación y las opiniones, las demandas y expectativas de las propias personas sin techo. Para ello se ha contado con la colaboración, o en su caso el impulso de la Administración municipal, de las entidades sociales que atienden a la población sin hogar y de un amplísimo número de ciudadanos voluntarios sin los cuales, no habría sido posible dar el salto de la investigación restringida a la investigación socializada y compartida.

Uno de los mayores frutos de la operación censal se obtiene de la mezcla, dentro de los equipos, de voluntarios con experiencia y de personas que se encuentran viviendo su primera aproximación a la exclusión severa. Al final, como resultado de su participación en el recuento, una buena parte de estas personas se acaban encuadrando de forma regular en alguna de las ONGs participantes tras comprobar que, pese a las apariencias, son muchas las personas que se sienten concernidas por los problemas de los más empobrecidos y están dispuestas a movilizarse en su favor.

Porque más allá de la búsqueda de información fehaciente sobre un problema social gravísimo, con este tipo de investigación colectiva en la que participan cientos o miles de personas, se nos abre una posibilidad única de hacer brotar en una sola noche varios centenares de encuentros personales significativos y transformadores para quienes se encuentran, por muy diversas razones, viviendo una experiencia de marginación y sin sentido. El resultado de todo ello queda reflejado no sólo en los datos estadísticos que emergen de la encuesta sobre la composición, el perfil, el tamaño y la

distribución de las personas sin techo en las grandes áreas metropolitanas, sino también en los textos libres que se incorporan a los cuestionarios en donde las personas sin techo manifiestan sus expectativas, deseos o esperanzas de cara al futuro, y ¡cómo no! también entre los resultados más valiosos de esta práctica investigadora deberíamos poder contabilizar un fruto más sutil e inabarcable: la transformación de la mirada y las actitudes frente a los excluidos que experimentan los voluntarios que han tenido la ocasión y el privilegio de poder encontrarse y conversar con ellos frente a frente.

Como cabría esperar de antemano, una investigación de estas características, que requiere la movilización de tantas personas e instituciones, se focaliza sobre un problema tan controvertido, y acaba teniendo tan evidentes repercusiones políticas, no puede realizarse sin despertar el interés de los medios de comunicación. Este es uno de los aspectos más interesantes y al mismo tiempo, más difíciles de gestionar.

Por un lado, es sin duda una oportunidad magnífica para trasladar masivamente ante la opinión pública un mensaje positivo y normalizador: siendo verdad que asistimos diariamente a la tragedia casi invisible que viven centenares de vidas rotas en las calles de las grandes ciudades, también es cierto que existen instrumentos y estrategias para combatir el problema con eficacia, y que contamos con instituciones, entidades sociales y ciudadanos con voluntad y energías suficientes para ir a su encuentro y hacerle frente. Así lo prueban los centenares de voluntarios que se movilizan en cada noche de recuento. Aunque no siempre sea fácil, ordenar la presencia de periodistas, micrófonos y cámaras de televisión de manera que abandonen siquiera por un día su tendencia habitual a buscar los detalles morbosos y a exhibir públicamente la miseria y el sufrimiento ajeno, creemos que es importantísimo contar con el impacto mediático de la investigación desde el principio y asumirlo como un resultado añadido de la propia investigación, de modo que se pueda aprovechar esta circunstancia para continuar la tarea, lenta pero imprescindible, de sensibilizar y concienciar a la sociedad mediante una política de información clara, veraz, abierta y transparente.

En cualquier caso, con sus luces y su sombras, sus logros y sus limitaciones, teniendo en cuenta el estado del conocimiento sobre sinhogarismo en nuestros países, este modelo de investigación social y ciudadana, que intenta iluminar mediante una práctica investigadora colectiva y extensa el espacio más desconocido de la exclusión sin hogar, ha demostrado ser útil, no sólo para incrementar el la información sobre el problema, sino también para movilizar a los diferentes gestores políticos y a los actores que operan sobre el terreno, para sensibilizar a la opinión pública y para contribuir a desarrollar y consolidar las redes sociales e institucionales que luchan contra el sinhogarismo en nuestra sociedad<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Este texto fue redactado a partir de la experiencia madrileña como aportación metodológica al Segundo Catastro Nacional de Personas en situación de calle celebrado en Chile hace un par de años.